

**Hernández Astete, Francisco, 2012, *Los incas y el poder de sus ancestros*, Lima, Fondo Editorial PUCP, 292 pp.**

Si no tengo mal hechas mis cuentas, fue hacia 1992 o 1993 que tuve como alumno a Paco Hernández en un Seminario de la especialidad de Historia en el que tratábamos de profundizar y discutir nuestro conocimiento sobre la historia incaica. Era la época en la que publicaba mi *Sucesión Incaica* y en la que discutía con los estudiantes el conocido libro de Silverblatt sobre las mujeres prehispánicas o *Estructuras andinas de poder* de Rostworowski, entre otros. Naturalmente, no sólo a partir de esas lecturas sino también gracias a su relación de discípulo de Franklin Pease, Hernández comenzó su largo y prolijo trabajo sobre los incas, las figuras femeninas (básicamente la Coya) en la estructura de la élite y se interesó cada vez más en la renovada revisión de las fuentes escritas coloniales y la historiografía que daba cuenta sobre el periodo de dominio incaico en los Andes.

En mi opinión, este libro es una suerte de compendio de la tarea investigativa del autor, desde su época como estudiante hasta ahora; es decir, el resultado de una larga reflexión sobre la historia incaica y sus fuentes que iniciara hacia 1997. También es un compendio porque el paso inicial para concentrarse en la *ancestralidad* incaica lo lleva a presentarnos, de manera sintética, lo desarrollado por la historiografía en las últimas décadas sobre los principales temas referidos al periodo del dominio incaico en los Andes. Cabe, por lo tanto, que recomendemos su lectura en dos niveles: el primero corresponde a la parte que hemos identificado como la síntesis de lo alcanzado por la historiografía respecto a los incas que debe entenderse como un texto de divulgación del renovado

conocimiento sobre los incas alcanzado en, por lo menos, las dos últimas décadas razón por la cual se mencionan o tratan asuntos como la diarquía incaica, la complejidad de los procesos sucesorios, la geografía sagrada, la inexistencia del concepto de propiedad o la influencia de los linajes cuzqueños en la estructura del dominio incaico, las limitaciones del poder del inca, el aseguramiento y expansión de su dominio, entre otros.

El segundo nivel de lectura correspondería a los aportes originales de este libro mucho de los cuales —a pesar de la rotundidad de algunas afirmaciones— deben quedar abiertos a nuevas y mayores discusiones entre los especialistas.

El libro está dividido en seis capítulos precedidos por una introducción. En el primer capítulo se ocupa de «La reconstrucción de la historia incaica» a partir de una revisión de lo recogido por los principales cronistas durante el periodo colonial y lo postulado por la historiografía, además de referirse a la llamada versión indígena. En el segundo capítulo, titulado «Organización económica y política en el Tahuantinsuyo», ofrece un panorama general sobre los tópicos enunciados considerando tres temas: reciprocidad y redistribución en la economía incaica, la dualidad en el Tahuantinsuyo y, finalmente, el poder entre los incas. El capítulo tercero, denominado «La élite cuzqueña y el culto a los ancestros», está destinado a entrar de lleno en el meollo del asunto que corresponde al título del libro por lo que asuntos como la composición de la élite incaica y su articulación en torno a sus ancestros constituyen las materias revisadas tocándose cuestiones como el alma y la noción de persona entre los incas análisis que probablemente hubiese alcanzado mayor hondura de haberse apelado a la *antropología filosófica*.

También en este capítulo se abordan temas variados como el cuerpo y la memoria de los ancestros y los recursos de la élite. «La nobleza incaica y la articulación del poder en el Tahuantinsuyo» es el nombre del cuarto capítulo en el que se insiste y desarrolla con mayor profundidad los asuntos del capítulo anterior y es así emergen el correinado, el proceso sucesorio, la élite y el ejercicio del poder, entre otros asuntos. En el quinto capítulo aborda «El lado femenino del poder» por lo que las mujeres serán estudiadas en el ámbito religioso, en la sociedad y en la economía incaicas. En el capítulo final es decir, el sexto, denominado «Los ancestros y el espacio sagrado: la articulación del poder incaico», Hernández retoma el tema central y con ese propósito volverá a referirse a los ancestros y la articulación del poder, escudriñará una vez más a los linajes cuzqueños y el poder de la élite y se referirá al espacio sagrado.

Reseñando algunas cuestiones que adelanta en la introducción y desarrolla en los capítulos cuarto y quinto debido a que contienen asuntos a los que he prestado mayor atención en mis investigaciones y siguen siendo de mi interés destacaré su enjuiciamiento de la división de la élite incaica en panacas aunque lo hace partiendo del clarinazo que sobre el asunto ofreció en su momento Rostworowski y avanzando en el señalamiento de que solo las mujeres identificadas como *panas*, otorgaban el estatus de nobleza a sus descendientes directos. Asimismo, esclarece de manera sencilla la estructura de la élite apelando a la división bipartita y tripartita que otrora resultó complicada en lo relacionado a su descripción y explicación. Es más, al proponer «un sistema [más bien estructura]

constituido por una alta nobleza (Cápac Aillu) integrada por los descendientes de las mujeres nobles, y dividida en aillus reales asociados con el culto a cada uno de los incas muertos convertidos en ancestros» (p. 153) considera valedero preguntarse por la movilidad social de los miembros de estos grupos. Esta interrogante tiene gran relevancia, justamente porque ratifica la negación de la idea de una élite socialmente inmóvil, asunto que deberíamos proyectar al resto de la sociedad en su relación o no con los incas.

También me interesa comentar que en el apartado en el que trabaja el sistema sucesorio da cuenta de la existencia del que llama un modelo alternativo es decir, diferente al reseñado en las crónicas basado en los criterios dinástico y de habilidad pero al fin y al cabo caótico y también distinto al de la historiografía tradicional que recogía casi plenamente esos planteamientos. El modelo alternativo se basará en la idea de habilidad recogida por Rostworowski que supone un proceso de entrenamiento dentro de la institución del correinado incaico y la importancia del aillu materno como criterio determinante para la selección del (los) nuevo(s) incas. Incorporaré las ideas que desarrollé al referirme al tema en 1993 cuando destacaba la complejidad del proceso sucesorio que se desarrollaba en varias etapas y que, en conjunto, incluía, además de lo considerado por Rostworowski y Zuidema, cuestiones de carácter ritual, social, político y hasta económico. Destacaré Hernández la influencia de la élite en la elección de los incas y llamaré la atención acerca de que la sucesión podía ser de padre a hijo o de hermano a hermano. Reconozco que resulta una manera más sencilla de exponer una idea que de forma complicada esboqué en el pasado y que

merecía y merece profundizarse pero, ciertamente, lo alcanzado por Hernández resulta altamente satisfactorio.

En cuanto a los mecanismos sucesorios me parece importante que haya subrayado que el requisito de la probada habilidad para ser Inca gobernante no debe ser considerado único, tal como lo plantearon las llamadas crónicas toledanas, lo que lo lleva a reforzar la idea, ya conocida en nuestra historiografía, de que la sucesión era un proceso dilatado y complejo que contemplaba requisitos de diversa índole. Me parece oportuna su sugerencia acerca de que tras la o las crisis sucesorias se hacía indispensable la estabilización de la élite para consolidar el poder incaico fuera del Cuzco. Sobre todo si se toma en cuenta que estudios arqueológicos e históricos han señalado el rápido y constante crecimiento del dominio incaico y diferentes tipos y funciones de fronteras internas y externas todo lo cual nos remite a sociedades en constante ebullición por lo que el tema de la estabilidad de la élite y del propio dominio de los incas en la región andina merece seguir siendo estudiado y debatido. Su tratamiento del asunto que llama el lado femenino del poder no hace sino reiterar con nuevos argumentos lo que fue adelantando en otros trabajos y que muestran el manejo (aunque no explicitado) de una perspectiva de género que es, como sabemos, de carácter relacional. También es un aporte importante es el develamiento que hace de las distintas formas de actuación e influencia de los integrantes de la élite incaica en la conformación del dominio incaico en los Andes y en la organización y gestión del

conjunto de aspectos y relaciones que tenían lugar dentro de lo que se ha dado en llamar Tahuantinsuyu.

Vuelvo al comienzo, *Los incas y el poder de sus ancestros* es un libro de síntesis y divulgación pero también es un texto para especialistas que vuelve a poner en vigencia para la discusión, con preguntas y observaciones pertinentes, temas que al ser estudiados dan y seguirán ofreciendo claves importantes para nuestro conocimiento del universo social, político y religioso incaico.

En cuanto a la metodología, Hernández apela eficazmente a los procedimientos conocidos y disponibles a partir de las renovaciones historiográficas ofrecida por la llamada etnohistoria y los análisis discursivos y el estudio de las categorías propios de la que puede ser llamada la historiografía de influencia postmoderna. Con esta obra se ha avanzado en la investigación sobre los incas y se siguen abriendo avenidas para nuevos trabajos.

**Liliana Regalado de Hurtado**